DT 06 24

Hasta comienzos del siglo XVIII, Rusia era un país de un feudalismo muy primitivo, por lo tanto muy atrasado, y aislado de Europa. Casi no era necesaria la intransigencia oscurantista de la iglesia ortodoxa para que la música no se desarrollara. Piénsese en el caso menos extremo de España, donde la posición de la iglesia respecto a la música era diferente, y donde sin embargo, hasta finales del siglo XVIII, con unas pocas excepciones conocidas, no hemos tenido esa música que llamamos clásica.

Durante el reinado de Pedro el Grande, el primer déspota ilustrado de los tares, la situación empieza a cambiar, y los músicos europeos se introducen desde entonces cada vez más en la corte de San Petersburgo. Y en la primera mitad del siglo XIX, el genio de Glinka crea, a un nivel muy elevado, y casi puede decirse que de golpe, la música rusa. La escuela nacional rusa florece, como se sabe, en la siguiente generación con el grupo de los cinco.

Balaquírez, y sobre todo Borodín, son músicos apreciables. Mussorgsky es el compositor genial del grupo, pero su centro es Rimsky-Korsakov. Rimsky adquirió una preparación musical notable que lo colocó naturalmente en una posición intermedia entre la matriz rusa y la tradición occidental.

Es el más europeo de los cinco, y el eslabón principal de las influencias recíprocas entre la música rusa y el impresionismo francés. La fantasía y la inventiva melódica de la escuela nacional rusa se adaptan menos a las formas abstractas que al poema sinfónico. Por eso Rimsky-Korsakov ha pasado a la historia académica casi solo como un gran maestro de la instrumentación.

Es desde luego un orquestador genial, uno de los más grandes de la historia, pero no es sólo eso. Ya su orquestación indica un camino nuevo, seguido después por los impresionistas, por Stravinsky, por Prokofiev, por Bartók. El fraccionamiento de la masa instrumental en timbres individuales puros, y la utilización del color como elemento constructivo.

También el ritmo tiene una tendencia profética a convertirse en uno de los principales generadores de la obra, y la sabiduría armónica de Rimsky es tan grande que su riqueza pasa casi inadvertida. Puestos a elegir una obra representativa de la escuela nacional rusa creo que se puede escoger Scherazade. Es una gran obra popular por su belleza y una lección por la variedad y rareza de colores sonoros, por sus ritmos siempre imprevistos, por su capacidad inventiva sobre algunos temas constantes, y por la asombrosa instrumentación.

Scherazade es desde luego música descriptiva y me parece mucho pedir que se escuche como música sinfónica, sin leer los títulos de sus movimientos, pero recuérdese al menos lo que dijo el mismo Rimsky. Todo lo que quería al componer la obra era que el oyente la apreciara como música sinfónica, y que recibiera la impresión de la narración oriental de algunas maravillas múltiples y varias, y no simplemente de cuatro fábulas. De Scherazade hay literalmente

decenas de grabaciones detestables o mellocres que inundan el mercado, y es música virtuosa que requiere muy buenos intérpretes.

La grabación histórica de referencia es la de Melik Pachayev, que nadie encontrará. Clásicas son la de Markevich, con la sinfónica de Londres, las de Stokowski, Klezki, Bicham, Montet, and Sermet. Buenas versiones modernas son las de Ditoir y Muti, que existen en compacto, y la de Haydn.

En conjunto yo me quedaría hoy con la de Kondrashin y la orquesta del Concertgebouw, que estamos oyendo en compacto.